

Pensar en/el exilio

(A propósito de los exilios de María Zambrano)

*Thinking From/About the Exile
(On the Exiles of María Zambrano)*

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN

Università degli Studi di Torino
francisco.martin@unito.it

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2020.25.002>
Bajo Palabra. II Época. N°25. Pgs:55-64



Resumen

La centralidad de la experiencia exiliada en el pensamiento de María Zambrano. El exilio como lugar del pensamiento. Canon filosófico y filosofías exiliadas. Razón vital y razón poética

Palabras clave: María Zambrano, Exilio, Razón poética.

Abstract

The centrality of the exile experience in the thought of María Zambrano. Exile as a place of thought. Philosophical canon and exiled philosophies, vital reason and poetic reason.

Keywords: María Zambrano, Exile, Poetic Reason.

Pocas veces acontece con tanta radicalidad como en el caso de María Zambrano la unidad entre la vida y la obra de un autor. En Zambrano, en efecto, vida y obra son inseparables, porque son, en verdad, la misma cosa: una vida y una obra confundidas y entregadas al pensamiento, al paciente ejercicio de pensar el mundo desde la propia situación y circunstancia, a la radical experiencia del pensamiento y a la no menos radical exigencia de su expresión. Esta coincidencia entre vida y obra se configura, pues, en ella, como seña de identidad, y constituye, además, el vínculo que sustenta su pensamiento. Su estilo responde a la para ella irrenunciable exigencia de continuidad entre el vivir y el pensar. Vivir es pensar y pensar es vivir. Su obra, en este sentido, no es sino un modo muy peculiar de contarnos su vida, entendida ésta, claro está, como vida del pensamiento. Pues el pensamiento, para Zambrano, o es vida o no es nada. De donde se sigue que su biografía es ya filosofía y que sus escritos son la prolongación de una personalidad radicalmente comprometida con la causa de la filosofía.

María Zambrano es su exilio. “Hay ciertos viajes de los que sólo a la vuelta se comienza a saber. Para mí —dirá—, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido”. Pensar-en-el-exilio deviene pronto en ella una ocasión para pensar-el-exilio. Un pensamiento *del* exilio que nace de la experiencia trágica de pensar (*en*) el exilio: pensar con un paréntesis gráfico que quiere simbolizar precisamente una suspensión, una verdadera ausencia, una positiva carencia. Su pensamiento arranca, pues (no en el orden del tiempo, sino en el de su íntima estructura), de esa “prueba crucial”, que es personal, sí, “saber de experiencia”, pero que pronto queda trascendida y elevada por la razón poética a metáfora general de la condición existencial de la vida humana. La vida toda comprendida como exilio. Exilio del ser y de la nada, de la luz y de las sombras. Y el exiliado como un símbolo de la humana “ambigüedad”, como un camino místico de “despojamiento” y “dejación”, como una apertura al “otro”, pero no desde ningún “yo”, sino desde la prueba que hace de todo “yo” un “otro” de sí propio. Exilio, pues, transubstanciado en la experiencia del pensamiento, padecido y sufrido, sí, pero también querido y, en cierto modo, elegido, como si fuera algo que hay que saber merecer. Un don que hace del exiliado no un personaje de la historia, sino, en el fondo, un despojo de ella, y, por ello, una “criatura de la verdad”. Porque la verdad, siendo encuentro, no puede ser conquista, y, de consecuencia, vive en exilio, al margen de la historia, fuera del curso de la modernidad.

Exilio filosófico, pues, el suyo, a través de la metafísica del exilio, y también exilio de la filosofía, y en un doble y fuerte sentido, pues su obra se gesta y crece al margen de las escuelas y de las academias (téngase presente que fueron los poetas antes que los profesionales de la filosofía los primeros en reconocer el valor de su pensamiento), y, sobre todo, se hermana, a través de la reivindicación de la razón poética, de su abrazo integrador, de su opción por los saberes vencidos y humillados por el peso de la historia, con toda la tradición del pensamiento exiliado y de los exiliados de la Gran Filosofía, esa “tradición velada” que reivindica como pocos y como pocos ayuda a reconstruir en aras de una nueva historia para un nuevo futuro. Su obra y su pensamiento —que es como decir su vida— se levantan desde los márgenes de la Gran Filosofía y a ellos quedan indefectiblemente unidos. Conviene no olvidarlo en tiempos de fáciles olvidos y memorias interesadas. Con María Zambrano no se trata de añadir un sitio más a la gran mesa del canon. No se trata de hacerle sitio, ni de rescatarle para ningún orden dado. Hacerlo así significaría traicionarle en su más íntima raíz: la que liga en su pensamiento, en lazo indisoluble, el exilio con la filosofía. Zambrano rompe el canon, y lo rompe porque su filosofía se autoconstituye como una experiencia del pensamiento conducida en los márgenes del canon y contra el canon. Su escritura, la fidelidad a un estilo, así lo evidencia. No es, pues, de justicia, su rescate. De justicia es, si acaso, salvarle de la condena que supone su acrítica inclusión dentro del canon. Ella quiso habitar filosóficamente los márgenes de la filosofía. Quiso ser margen entre los márgenes (de la literatura, de los sueños, etc.) para tejer con la razón poética el hilo de una filosofía nueva.

María Zambrano es, sí, su exilio. Lo dejó claro a su regreso a España con un título lapidario: “Amo mi exilio” (*ABC*, 28 agosto 1989). En él explicó con humildad que nada repara del exilio, ni el regreso, ni los honores, ni tan siquiera los afectos recibidos. Porque no se trata de llenar un vacío o de cubrir una falta. El exilio no es una negación, sino que *es*: tiene positividad ontológica. Es un espacio que se abre en la negación de otro espacio. Es un espacio virgen, salvaje, sin límites ni puntos de referencia, sin caminos. Una noche oscura. Un desierto abrasador. Un invierno gélido a la intemperie y sin reparo posible. El exilio es intemperie y deriva. En el límite que separa los espacios de la patria y del exilio debió de transcurrir mucho tiempo María Zambrano, en espera, con el corazón en vilo, alimentando una esperanza que poco a poco se le iba muriendo dentro. Y cuando lo aceptó, cuando decidió —pues de decisión se trató— dejar de deambular y aceptar el horizonte del exilio, fue como si todo su ser cobrara una nueva dimensión. Como si su pensamiento, sin dejar de ser lo que hasta entonces había sido, se elevara por encima de sí para ver más y mejor, y, sobre todo, para ver más lejos.

El exilio es la perspectiva de la filosofía de María Zambrano. Una nota principal y distintiva, un verdadero *a priori* de su pensamiento. Pues el exilio in-forma, en el sentido de que da forma a esa experiencia radical del pensamiento que es su filosofía. Y si la filosofía es inseparable de su expresión lingüística (lo es siempre, pero aún más en el espacio de la razón poética), el exilio constituye el estilo del filosofar zambraniano. No es casual, desde luego, que Zambrano haya buscado cauces nuevos para la expresión de la filosofía. Se escribe —sobre todo si se hace con autenticidad— lo que se es, porque “el estilo es el hombre”. El exilio, de este modo, debe buscar formas capaces de expresar la intimidad de su ser más propio, algo que, diciéndose, permita también mostrarse. La razón poética es, entre otras muchas cosas, claro está, también eso: una denodada búsqueda expresiva. La “carta”, la “confesión” y el “delirio” son formas que Zambrano acoge en su obra precisamente para romper el cerco de los *genera dicendi* propios del *logos* sistemático de la filosofía moderna. No son formas en las que verter un pensamiento previamente configurado, sino formas que permiten la configuración de un pensamiento nuevo. Antes que imposición a la escritura, son, sobre todo, hospitalidad hacia la varia y radical experiencia del exilio.

Tanto el exilio como la filosofía son, pues, irreversibles para María Zambrano. No son asunto o tema de nada, aunque también puedan serlo, como de hecho lo han sido, sino una condición, una forma de ser y un modo de estar en el mundo. Son el perfil de su estilo. Un estilo que es de pensar y de escribir, porque es, antes que nada, pensamiento “y” escritura: pensamiento que se escribe y escritura que se piensa, pensamiento que se piensa en la escritura y escritura que se escribe en pensamiento. Son, pues, la filosofía y el exilio, los centros rectores desde los que debe trazarse el perfil zambraniano. Y si en ambos hubo “seguro azar”, como reza el título de su admirado Salinas, pues lo hubo, también hubo voluntad y decisión firmes, y, a su través, un abrazo conmovedor que aúna la filosofía con el exilio en la vida y en la obra de María Zambrano.

Vista la modernidad desde la conciencia crítica de su crisis, que es, en propiedad, donde se sitúa el filosofar zambraniano, no debe extrañar el énfasis de su denuncia del culto exagerado de la razón pura y, de consecuencia, tanto del progresivo adelgazamiento de la dimensión pática de la realidad cuanto de la paulatina expulsión de los saberes inferiores del recinto immaculado de la filosofía. Y si es justo señalar en ello su impronta orteguiana, en lo que quería ser, al menos en sus inicios, un desarrollo interno del raciovitalismo, también es justo señalar la clara conciencia zambraniana de su sucesivo alejamiento del maestro: “Hace ya años en la guerra sentí que no eran “nuevos principios ni una reforma de la razón”, como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón,

pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que vengo buscando” (carta a Rafael Dieste, 7 noviembre 1944). La razón poética, en efecto, aparecía pocos años atrás, precisamente en un escrito sobre Antonio Machado publicado en *Hora de España* en diciembre de 1937 e incluido en *Los intelectuales en el drama de España*: “El pensamiento científico, descualificador, desubjetivador, anula la heterogeneidad del ser, es decir, la realidad inmediata, sensible, que el poeta ama y de la que no puede ni quiere desprenderse. El pensar poético, dice Machado, se da “entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos”. El concepto se obtiene a fuerza de negaciones, y “el poeta no renuncia a nada ni pretende degradar ninguna apariencia”. [...] Poesía y razón se complementan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo para captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluyente, movediza, la radical heterogeneidad del ser. Razón poética, de honda raíz de amor”. En aquel escrito renunciaba Zambrano a perseguir “los hondos laberintos de esta razón poética”, aunque precisaba que ello “no significa una renuncia”. Todo ello, en efecto, iba a encontrar después amplio desarrollo en *Filosofía y poesía*.

Hay en esta primera hora del filosofar zambraniano, cuando la razón poética es aún “razón que se busca” y lo hace, además, dentro del horizonte de la “razón vital”, una vacilación y una alternancia en el empleo de los adjetivos de la nueva razón que da la medida de esa denodada búsqueda y persecución zambranianas. Habla Zambrano indistintamente de “razón mediadora”, de “razón integradora”, de “razón misericordiosa”, etc. etc., y con ello va delineando poco a poco, en sucesivos intentos, el campo semántico propio de esa nueva forma de razón que había de surgir de la plena conciencia de la crisis de la razón pura. De hecho, en la razón poética acabarán convergiendo, entre otros, los temas y los motivos de la “mediación”, de la “integración” y de la “misericordia”. Pero lo importante del caso no era tanto esta convergencia desde cuyo envés se levantaba la crítica zambraniana al modelo de razón que ha dominado el curso de la modernidad, sino el descubrimiento del carácter sustantivo de la nueva razón en la adjetivación que la acompañaba. No se trataba, pues, de mero adorno o añadido, sino del modo capaz de conformar una nueva racionalidad.

La nota esencial y distintiva de la razón que ha dominado el desarrollo histórico de la filosofía es, para Zambrano, la “violencia”. Hay violencia en todas las condenas que desde la filosofía y en nombre de la filosofía se han hecho (la platónica de la poesía, la aristotélica de los pitagóricos, etc.), pero hay violencia, sobre todo, en el modo de relación que se impone como “razón”, en ese acto de “soberbia” que consiste en “dar razón” de las cosas del mundo. Ello le sirve a Zambrano para desvelar la

violencia que hay, además, en la misma constitución de la filosofía, en su progresiva separación de la poesía y de la religión, en el alejamiento y negación de esa forma indistinta de sabiduría que veía juntas, en esencial unidad, la religión, la poesía y la filosofía. Pero hay más, porque si el origen griego nombra esa separación como paso fundacional del *mythos* al *logos*, el curso de su desarrollo histórico ha venido a significar el abandono de aquel “amor” que era propio de la filosofía (*philo-sophia*), y, de consecuencia, algo que ha venido a sustituirlo conformando como “voluntad de poder” la relación entre el acto de conocer (filosófica y científicamente el mundo) y el mundo. La razón poética querrá precisamente recuperar ese “amor” abandonado en el curso del desarrollo histórico de la filosofía, querrá recomponer un trato paritario, una relación no impositiva, sino respetuosa, humilde, algo que no busca fracturas ni separaciones, sino restaurar aquella suerte de “unidad perdida” que era la rica variedad multiforme del mundo y de la vida, o, como la llamaba el poeta, “la esencial heterogeneidad del ser”. Para ello, porque no es sólo doctrina, sino, sobre todo, método, tendrá la razón poética que desandar el curso de la filosofía y perseguir un origen acaso ya imposible. Será como destejer un hilo y tejer otro. Y en ese caminar del revés se adentrará en los márgenes de la filosofía e irá rescatando los saberes vencidos y humillados a lo largo de la historia por esa razón absoluta y todopoderosa, saberes condenados y abandonados que encontraron refugio en el arte y en la literatura, en la religión y en la mística. Y será como penetrar y elegir el exilio, aunque de otro modo, pues de exilio se trata, de un exilio que aparece como el espacio histórico de la derrota, pero que ahora, yendo hacia atrás y a contrapelo, en la hora de una crisis que busca soluciones radicales, aparece como el espacio de la esperanza.

Pasmados y admirados están el poeta y el filósofo frente a la rica variedad del mundo. Así los describe el mito platónico y a él se refiere Zambrano para trazar el deslinde entre la filosofía y la poesía. Se trata de algo funcional, de tipologías ideales que quieren abrir el camino de la razón poética. El filósofo, al pasmo y a la admiración iniciales, añadirá una violencia que le arrancará de la hermandad de las cosas. El poeta, en cambio, no añadirá nada, sino que, al contrario, querrá ser la misma admiración y el mismo pasmo. El instrumento del filósofo es el concepto, y el del poeta, la metáfora. El concepto es siempre violencia, pues supone una abstracción de lo individual para llegar a lo más común y genérico. A su través, las cosas quedan prisioneras de esquemas fijos e inmóviles, reducidas a meras sombras, pues el concepto, en su inmovilidad y fijeza, no puede dar cuenta del movimiento que anima el cambio constante de las cosas del mundo. En su esquemática frialdad, no puede acoger la ilusión o el sentimiento. La metáfora, en cambio, no establece ninguna relación vertical, más bien se mantiene en el mismo plano horizontal de las cosas

del mundo. Descubre nuevas relaciones, pero permanece apegada a las cosas, no sube, no se eleva, sino que se queda entre las cosas del mundo, a su lado, sintiendo y sufriendo con ellas. Y es capaz, en su ligereza, de dar cuenta del movimiento y del cambio incesantes, y también de lo que es más individual e irreductible. Porque eso es precisamente lo que le importa al poeta: los colores cambiantes al atardecer, el ruido de una hoja que cae, la brisa que mece los árboles... Hay “amor” en la metáfora, pues nada queda en ella anulado, como en los conceptos, sino que todo queda salvado en una relación paritaria que nada subsume y todo integra. Y es un amor que se difunde como piedad misericordiosa por todas las cosas del mundo y de la vida. Y es mediación, camino intermedio entre lo “uno” y lo “otro”, pues piedad es “saber tratar adecuadamente con lo otro”, lugar, o espacio, tal vez casa, u hogar, capaz de acoger en un mismo abrazo integrador a lo uno y a lo otro. Razón, pues, poética, pues es la poesía —y no la filosofía— la que le confiere su ser y su carácter distintivos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

MARTÍN, F. J., *La tradición velada. Ortega y Gasset y el pensamiento humanista*, Madrid ,Biblioteca Nueva, 1999.

TRAPANESE, E., *Sueños, tiempos y destiempos. El exilio romano de María Zambrano*, Madrid, UAM Ediciones, 2018.

ZAMBRANO, M., *Obras Completas*, vols. I-III y VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011-2016.

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2020.25.002>

Bajo Palabra. II Época. N°25. Pgs:55-64

